

cion, bajó de su carro y subió al patíbulo demostrando una fortaleza de ánimo heroica. Entonces hicieronla arrodillar entre la rueda y el madero en que había de acabar su existencia, inclinada la cabeza hacia el puente Moreau. Sus dos hijos pusieronse tambien de rodillas con el rostro vuelto hacia el Tribunal. Despues de suplicar los tres reos á su director espiritual que suplicase al pueblo que encomendase sus almas al Criador, súplica á que contestó el pueblo con un silencio que significaba que así lo haría, y con lágrimas en los ojos, la señora S... recibió la última absolucion. La madre habló entonces al público con voz ya muy apagada, reiterando la súplica de su confesor, rogó al verdugo que no la hiciese padecer. El verdugo le quitó luego la gorra y los pañuelos que le cubrian el rostro y el cuello, y como al vendarle los ojos, se los dejase algo descubiertos, ella le suplicó que se los tapase bien hasta cubrirle las orejas. Hechos todos estos preparativos, la señora S.... colocó su cabeza en el sitio fatal en que debía quedar en breve separada de su cuerpo. Un solo golpe bastó para que rodase por el suelo la cabeza, la cual fué coloccada en seguida á un lado del patíbulo.

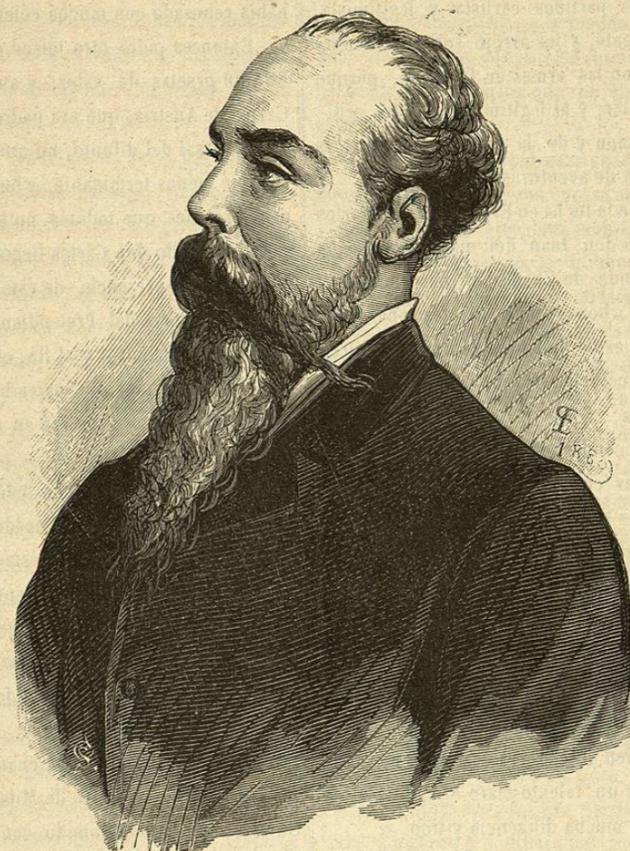
Francisco, que en todo este tiempo estuvo implorando la misericordia divina, oyó el golpe que acabó con la vida de su madre, preguntó al confesor si todo había concluido ya para ella, y pidió que se la dejasen ver, y á pesar de la insistencia con que se le quiso disuadir de su propósito, al fin se le mostró el ensangrentado cadáver de su madre. El mismo reo se preparó luego para la ejecucion. El verdugo le vendó los ojos por detrás y le levantó para conducir-lo al sitio en que debía espíar su crimen, y al ir á atarle la mano izquierda, Francisco le alargó el brazo y puso la mano derecha sobre el tajo, diciendo: «Cortad esta cruel mano que se atrevió á empuñar la espada contra el padre de aquel á quien pertenece;

aceptadla, Dios mio, en expiacion de mi delito.» Dos golpes hubo de descargar el verdugo para separar de la muñeca la mano, sin que el violento dolor que debía experimentar el reo, abatiese el valor de éste y le hiciesen perder la resignacion, antes por el contrario, se mantuvo sereno hasta el punto de alargar luego la cabeza para que le fuese cortada. Un rápido y violento golpe acabó con la vida de Francisco, cuya cabeza colocó el verdugo en seguida al lado de la de su madre. Al ver Juan Bautista los cadáveres de su madre y de su hermano, sintióse alentado por la esperanza de que dentro de poco estaria en la eternidad. Su amor á Dios y su arrepentimiento, debieron mirar como un medio de expiar su crimen y de apaciguar la cólera divina, la horrorosa muerte que se le preparaba. El verdugo, despues de vendarle los ojos, le cortó las manos, le quebrantó los huesos de las piernas con una vara de hierro, le dió un terrible golpe en el cuello y muchos en el estómago y bajo vientre para romperle los riñones y le colocó en la rueda. El turco, que estuvo presenciando el suplicio de los reos, fué conducido luego á la horca para recibir el merecido castigo, por no haber hecho nada para defender y salvar á su amo. Los romanos miraban tanto por la seguridad de los amos, que si alguno aparecía asesinado, sacrificaban á sus esclavos de ambos sexos, considerándoles cómplices en el delito por no haber procurado evitarlo.

A las ocho de la noche, se presentó la cofradía de penitentes de San Joaquin, para recoger el cadáver de la señora S..., á fin de darle sepultura. Hacia las diez de la noche, el verdugo encendió delante del Tribunal una grande hoguera, en cuyas llamas quedaron reducidos á cenizas los cuerpos de los dos infelices hermanos. La señora P... de S... tenía cincuenta y un años de edad, y sus dos hijos veinte el uno y veintiseis el otro.

CÁRLOS GONZALEZ BOET

EL TOISON DE ORO ⁽¹⁾



I.

La causa del *Toison de Oro* pasará á la posteridad como una de las causas políticas más típicas, más extrañas, más extraordinarias, misteriosas, compli-

cadas y trascendentales que haya habido jamás en el mundo. La causa del *Toison de Oro* es un fenómeno rarísimo en los Anales judiciales tanto por la trama de ella, como por la posicion oficial de los dos hombres que han sido los héroes del hecho, y por los

(1) Proceso extractado de la obra publicada con el título de: **BOET. EL TOISON DE ORO.** por D. LUIS CARRERAS, corresponsal de *El Diluvio*, en Milán. Ilustrado por D. Eusebio Planas. Contiene la historia del Proceso, con minuciosos e interesantes detalles, intrigas fraguadas, vida pública y privada de D. Carlos, la de Boet, documentos importantes de los tribunales que han intervenido, historia y publicacion de todos los papeles

secretos, con inclusion de las cartas pedesásticas que surrimó *El Diluvio*, descripcion extensa de las sesiones, los discursos del fiscal, de los abogados de la defensa, y del presideate, con datos inéditos, aclaraciones, observaciones, comentarios y revelaciones del mayor interés.

SALVADOR MANERO, Editor. Un tomo de 896 páginas, en 8.º siete pesetas.

grandes intereses políticos que han comprometido.

Hacia algunos años que, con motivo de la formación del reino de Italia, la teocracia católica conspiraba incansable y astutamente contra la civilización moderna; y, habiéndole ofrecido la caída de Isabel II en España y la de Napoleón III en Francia dos grandes campos de batalla para luchar, reorganizó en ambos países á los partidos carlista y legitimista, uniéndolos estrechamente, y los arrojó sobre la revolución; al carlista, con las armas en la mano, porque era valiente y militar; y al legitimista, con los ardides de la conspiración y de la devoción, porque es cobarde y no gusta de aventuras guerreras.

El jefe político de la lucha en España era don Carlos de Borbón, hijo de don Juan del mismo nombre; y en Francia, el conde de Chambord, descendiente y heredero de los Borbones franceses, destronados en 1830. La causa de estos hombres se unía tan estrechamente con la teocracia católica, que ambos formaban una misma cosa.

Proponíanse encender otra vez la guerra en España, y revolver las cosas de Francia de tal modo, que los mismos que tenían el deber de velar por la República, se levantasen un día contra ella, y llamasen al conde de Chambord. Con tal objeto, don Carlos en lo que se refiere á España, encomendó la dirección del partido carlista á un joven militar, procedente de las filas del ejército regular, llamado Carlos Gonzalez Boet, y conocido desde su niñez con el nombre de *Boet*; quien dotado de un carácter emprendedor y activo y de un talento claro é ingenioso, se puso á trabajar con mucha diligencia y tino.

Así estaban las cosas cuando en 1877 don Carlos acompañado de Boet, que llevaba el título de ayudante suyo y secretario político; de un joven llamado José Suelves, ayudante de órdenes, y del camarero Lorenzo Arbulu, se presentó en el teatro de la guerra de Oriente, á orillas del Danubio, en el cuartel general del ejército ruso y rumano, con el pretexto de estudiar las operaciones; permaneció allí una temporada, hasta el otoño del mismo año, pasando luego á Viena.

El objeto principal del viaje á esta ciudad era ultimar unas negociaciones que había pendientes sobre un punto de la herencia del duque de Módena, tío de

don Carlos, que al morir le hizo un legado de un millon, y de una joya que viniese á constituir un recuerdo de familia. D. Carlos había solicitado un magnífico toison, valuado en un millon de pesetas; y como este presente se hallaba desproporcionado con la suma del dinero heredado, se le había ofrecido en cambio otra joya de unas treinta mil pesetas, que había rehusado con mucha cólera.

Entonces pidió otro toison que se creía de unas 85,000 pesetas de valor; y aunque el Archiduque Carlos de Austria, que era padre y tutor del heredero universal del difunto, no quería dárselo, su negativa fué ménos terminante, y hubo lugar de entablar negociaciones que todavía no habían producido resultado cuando don Carlos llegó á Viena con toda su comitiva. La presencia de éste dió más actividad á los negociadores del Pretendiente; redobláronse las súplicas é instancias, y al fin, el Archiduque Carlos cejó, y á principios de Noviembre del mismo año remitió dicho toison, que fué en seguida presentado y entregado á don Carlos.

Partió éste entonces con todo su acompañamiento para Gratz, donde vivía su madre y su hermano don Alfonso; se hizo retratar en esta ciudad con el toison puesto, y pocos días despues entró en Italia de vuelta á Francia. Detúvose en Venecia unos días, y pasó á Milan, donde llegó á primeros de Diciembre, y se alojó en una de las principales fondas, llamada *Hotel de la Ville*.

El día 13 de dicho mes, cuando acabó de almorzar con el conde Galvani de Milan, despidió á Boet y Suelves, que habían comido con ellos; y para pasar un rato, mandó traer á Lorenzo unos uniformes suyos y el Toison del duque de Módena, que quería enseñar á Galvani. Pero Arbulu volvió con el semblante descompuesto y la voz temblorosa, diciendo que faltaba el Toison, y que segun todos los indicios le había sido robado. D. Carlos pareció quedar estupefacto, y Galvani asombrado. Preguntado Lorenzo como llevaba y guardaba el Toison, dijo que lo tenía cerrado en el estuche, colocado este dentro de una cartera de viaje cerrada con llave, y la cartera puesta en un mueble del Hotel, cuando llegaba á una ciudad, ó pasaba por el cuerpo con unas correas, cuando viajaba. Estando en la ciudad, cerraba el mueble y la

puerta del cuarto con llave, y siempre tenía las llaves en el bolsillo, junto con las del estuche y de la cartera, que no dejaba un momento.

Examinóse el estuche, la cartera y el mueble, sin encontrarse el menor indicio de haber sido violentados. Lo particular era que en la cartera había una buena cantidad de dinero en oro, la cual el criado había hallado tan intacta, que no faltaba ni la más pequeña moneda. Parecía muy extraño que los ladrones que habían robado el Toison, no se hubiesen llevado también aquella cantidad.

Lorenzo no daba, y parecía no saber dar ninguna explicación de tan extraños sucesos. Reconocía no haberse olvidado un momento en ninguna parte las llaves del estuche, de la cartera y del mueble; no haber visto nunca en torno del aposento donde tenía dichos objetos, que era su cuarto de dormir, á ninguna persona sospechosa; y finalmente, tampoco podía señalar, ni indicar donde le habían robado, pues como decía que no abrió más la cartera desde que en Gratz volvió á encerrar el Toison, despues de haberse retratado don Carlos, era difícil establecer si se había hecho el robo en Gratz, Venecia ó Milan, ó en el viaje de Gratz á Milan.

D. Carlos fué en seguida á denunciar el robo á la policía, y habiéndolo ésta puesto en conocimiento de la Audiencia, el juez correspondiente empezó á instruir las primeras diligencias, tomando declaraciones á don Carlos, Lorenzo Arbulu y José Suelves, el ayudante de órdenes. En todas estas cosas sobresalian dos particularidades notables. Don Carlos no dió parte del robo á los representantes, ni á los empleados del *Hotel de la Ville*, á pesar de ser lo primero que en semejantes casos hacen todas las personas robadas; y dicho silencio era tanto más extraño cuanto que no podía dimanar de un exceso de desconfianza, toda vez que Lorenzo Arbulu no solo no tenía ninguna sospecha particular contra la gente del establecimiento, sino que ni siquiera podía indicar donde podían haberle robado.

Era otra extrañeza observar que á pesar de la gran representación que el señor Gonzalez Boet tenía al lado de don Carlos, éste no le llamaba ante la policía, ó ante el juez, ni de otro modo le hacía pedir declaraciones, por más que hubiese hecho compare-

cer y declarar á Lorenzo Arbulu y á José Suelves, que ocupaban cargos mas inferiores. Don Carlos no solo dejó á su secretario completamente tranquilo, sino que procuró que la justicia no lo metiese en la causa, lo cual logró fácilmente.

Hizose pública la noticia del robo por medio de la prensa de todos los países. En el *Hotel de la Ville* causó mucha sorpresa, y habiendo el director señor Baer hablado del caso á José Suelves, éste le declaró de parte de don Carlos que no se sospechaba de su establecimiento.

El juez que se había encargado de las diligencias, entreveía en el fondo del suceso un misterio, que le llamaba mucho la atención; pero fascinado por la posición del Pretendiente, no tuvo nunca la más ligera idea de que se le engañase. Creyó que el robo era cierto, y tan solo conoció que debía ser doméstico, pues atendidas las explicaciones de Lorenzo, no podía imaginarse otra cosa. Sospechando el juez que Lorenzo fuese el ladrón, pidió á don Carlos noticias de los antecedentes de éste; pero se los dió tan buenos que no se atrevió á proceder contra él. Quedó, pues, el juez persuadido de lo extraño de aquel robo y de que no había medio de traslucir quien lo hubiese hecho, cómo, ni dónde.

II.

Partió don Carlos dos ó tres horas despues para Turin, donde se detuvo un poco, y de allí se fué á París, siempre acompañado de Boet, Suelves y Arbulu. Llegaron á dicha ciudad á últimos de Diciembre; Boet pidió permiso para ir á ver á su familia, que residía en Bayona, y habiéndolo obtenido, se fué de París el 24, llegando á Bayona el mismo día.

A primeros de Enero del año siguiente, 1878, la señora de Boet empezó á vender diamantes á los joyeros de Bayona, sin llamar la atención; y á pesar de que á mediados del mismo mes su marido fué desterrado de Bayona, continuó aquella vendiendo pequeñas partidas de dichas piedras preciosas hasta la suma de 5,750 francos. La última venta se hizo á primeros de Febrero. Esta continuación sorprendió á los joyeros y á las personas que tuvieron noticia de la venta, y examinándose bien los diamantes, em-

pezó á sospechase que podían haber formado parte del Toison, tan misteriosamente robado en Milan.

La prensa de la localidad se apoderó de la noticia de la venta y de las murmuraciones que causaba, y las dió publicidad, renovando de un modo inesperado ante Europa el amortiguado interés de aquel robo misterioso. Entonces todo el mundo creyó que verdaderamente se había descubierto al ladrón, y que este no podía ser otro que el general Boet. Como desde el principio se había tomado aquel robo por un hecho doméstico, la opinion pública lo dió por confirmado, al considerar que Boet acompañaba á don Carlos, como su secretario político y consejero de confianza.

Pero los hombres que conocían al señor Boet, de cualquier partido que fuesen, lo oyeron con asombro, y desde luego dudaron de la exactitud de la acusación. Aunque supiesen que era pobre y estaba apurado hasta el último extremo, le conocían tan delicado y escrupuloso en materia de valores ajenos, que no podían creer que hubiese robado el Toison. Sin embargo, las noticias de la venta eran ciertas, la procedencia de los diamantes también lo parecía, todo lo cual redundaba en desprestigio de Boet, y por consiguiente producía gran suspensión en el ánimo de sus buenos amigos.

Al salir desterrado de Bayona á mediados de Enero, el señor Boet se retiró á Tolosa de Francia, donde habitó en una granja que en la campiña de la ciudad tenía el marqués de Alex, su amigo político y particular. Las autoridades políticas de Bayona se lo habían permitido, con tal que suspendiese sus trabajos de partido, y él á fin de ser menos visto, aparentó, al salir de Bayona, ir á Tours, y después ocultó su verdadera residencia á la mayor parte de los carlistas con quienes se hallaba relacionado.

El señor Boet supo por los diarios las noticias que circulaban en Bayona sobre la venta de los diamantes; y cuando lo tuvo por conveniente pidió permiso á las autoridades de dicha ciudad para volver á su casa, lo cual no alcanzó. Súpose también en casa de don Carlos la venta, y habiendo avisado en seguida al juez de Milan, este expidió rogatorias á Francia para que se buscara y arrestara al señor Boet. De repente el señor Boet, el 10 de Marzo poco más ó menos, en-

vió á don Carlos un gran paquete de diamantes por medio de un tal Retamero, que había sido ayudante suyo en la guerra carlista, reconociendo que aquellas piedras preciosas y algunos trozos de metal que las acompañaban, pertenecían al Toison del duque de Módena; en casa de don Carlos se recibió el envío en el mismo concepto, exigiéndose la devolución de otras piedras que faltaban, y que no se sabía hubiesen sido vendidas.

Poco después las autoridades francesas arrestaban á la señora Boet y á la madre de esta, por la venta de los diamantes, y habiéndolas interrogado sobre ella, declararon que se los había entregado el señor Boet, y que él mismo les había dado la orden de venderlos, previniéndolas que si les preguntaban por la procedencia contestasen que eran de América. Los indicios no podían ser más claros contra el general carlista, y todo el mundo se confirmaba en la idea de que don Carlos había sido robado por su partidario de más confianza y posición política.

En esto el señor Boet desapareció de casa del marqués de Alex; y el mismo marqués, acompañado de un sacerdote español, llamado Erdavide, que por carlista estaba emigrado en Tolosa, fue á Paris, se presentó á don Carlos, y le entregó los diamantes del Toison que faltaban. Era en los últimos días de Marzo. Una pareja de gendarmes franceses llegó á la posesión del marqués de Alex en busca de Boet, y habiendo preguntado por él, les contestaron que había marchado á Rusia. Los gendarmes registraron aquella y otra finca cercana, sin hallar al desaparecido, y levantaron acta de las diligencias y del resultado.

III.

Trascurrió el mes de Abril sin conocerse de público el paradero del señor Boet; sin saberse otra cosa positiva, sino que su esposa y suegra continuaban arrestadas; y de repente, cuando menos se esperaba, con asombro y estupor generales, el desaparecido entra en Roma, á primeros de Mayo, como llovido del cielo; se presenta en el consulado y en la embajada española, declara su personalidad, y dice que viene á ponerse en manos de la justicia italiana, como acusado del robo del Toison de don Carlos.

La noticia produjo un asombro general, y todos los que la supieron se preguntaban cómo un hombre que tan bien había logrado burlar la persecución de la gendarmería francesa, se entregaba ahora á las autoridades italianas tan tranquilamente; cómo un acusado que podía haber huido á América sin impedimento alguno, había preferido atravesar Francia é Italia para ir á Roma; cómo el Boet que había tenido en su mano salvarse, venía á ponerse en manos de los que le perseguían.

No era remordimiento, porque el viaje y la llegada habían sido demasiado misteriosos. ¿Pues qué era? La tenebrosidad que se había observado en Passy en los meses de Febrero y Marzo acababa de oscurecer aquel suceso.

Pero Boet sacó á todo el mundo de dudas, publicando el siguiente manifiesto:

A MI PARTIDO Y A MI PAIS.

«He cubierto dos veces la retirada de don Carlos de Borbon: la primera cuando abandonó el Norte de España y se refugió en Francia; la segunda á orillas del Danubio en Turnie Magurele, cuando después de haber prometido al coronel rumano Petrovano que se batiría con él, no tuvo resolución para ello, ni aun á instancias de una dama, que le recordaba su empeñada palabra de honor.

«Que cubri la retirada á don Carlos de Borbon la primera vez en el Norte, lo dirán los testigos de nuestras luchas civiles; que la cubri la segunda salvando la apariencia de su honor en el Danubio puede atestiguarlo el acta que firmada por cuatro caballeros posee el coronel Petrovano y que tuve que arreglar con el señor Floresco.

«Don Carlos ha querido últimamente que le cubriese una tercera vez la retirada; pero dejando en ella mi honra. Esta vez y cuando he agotado todos los miramientos que debía al Príncipe, á quien he servido; todos los sacrificios como hombre de partido, todas las consideraciones que me merece su respetable familia, cuyas vanas gestiones no han podido evitar el escándalo; cuando he consumido todos mis recursos, para salvar mi honor en el terreno privado, relevado de todo respeto humano, presa por culpa

suya la persona más querida de mi familia, y vilipendiado mi nombre ante la opinion pública, tengo el derecho de ser inexorable. No cubriré más tiempo las retiradas de don Carlos: esta vez soy yo quien corte la suya al fugitivo del Norte y del Danubio.

«Al escapar don Carlos de sus orillas se encontraba como hace tiempo, en deplorable estado de recursos, ya por su agitación y conspiración constante, ya por otros gastos menos justificables á los ojos de su partido y de su familia, habiendo contraído urgentísimas y sagradas deudas—no hablo de las que tenía conmigo—cuya existencia probarán bien pronto los tribunales de justicia.

«En esta situación y no surtiendo efecto cuantas peticiones de dinero hacía constantemente, amonestado por los miembros de su familia por sus gastos muy en desproporción con sus recursos, concibió el proyecto há tiempo de alcanzar una de las joyas más ricas de la herencia del duque de Módena, ó para enagenarla después, ó para levantar fondos con su garantía.

«Un Archiduque de Austria es el heredero universal del duque de Módena; pero los herederos secundarios, don Carlos, don Alfonso y demás, tenían derecho á recibir un objeto como recuerdo de aquel príncipe. Don Carlos, poniendo siempre por delante á su administrador, se fija primeramente en un magnífico toison de oro, valor de un millón de francos, y cuando pierde la esperanza de lograrlo, en otro segundo de menor precio, pero que vale ochenta mil. Para facilitar su plan se valió de pretextos con los cuales pudo esforzar más y más las gestiones para alcanzar el que deseaba y al cual llamaba el *As de oros* de su tío, aludiendo á ciertos recuerdos de la orden fundada por los príncipes de Borgoña. Obtúvolo á costa de toda clase de exigencias y de humillaciones; pero no sin que algunas de las personas más respetables de su familia, sabiendo bien sus despilfarros, no concibiesen sospechas sobre el futuro y verdadero destino del rico Toison, que en vano se intentó enviar á Paris á doña Margarita.

«Dueño ya de esta joya concibió en Viena y fomenta en el mismo Gratz al lado de su respetable señora madre y de su hermano don Alfonso, el plan que desarrolla en Venecia y en Milan.

»Le acompañaba en sus viajes juntamente conmigo, su oficial de órdenes y su criado Lorenzo, una dama húngara, artista en Pesth, baronesa en Italia. Como públicamente no es posible ni vender ni empeñar las piedras preciosas del Toison, porque esto habría hecho completo el rompimiento, que ya amenazaba con el conde de Chambord, con su esposa, con su madre y con sus hermanos, inventa la desaparición de esa alhaja, por medio de un robo simulado insistiendo en este proyecto, á pesar de cuantas consideraciones le expuse sobre la gravedad de sus posibles consecuencias, proponiéndole otros medios para reunir aquellos fondos, que realmente reclamaba su desesperada situación financiera.

»Inútiles mis consejos, decidido don Carlos á obrar aun sin mi concurso, estrechándose las distancias financieras, y teniendo yo mismo sumas por cobrar de don Carlos, que imperiosamente necesitaba mi familia en Bayona, tuve la debilidad de acceder á sus deseos, aunque sin mezclarme para nada en la farsa del robo del Toison, y exigiendo que no se me llamase á declarar judicialmente si tales declaraciones tenían lugar. La titulada baronesa, á quien solo he citado por ser absolutamente necesario para explicar lo sucedido, se encarga del Toison en Milan. Don Carlos, merced á deferencias de todo género, dispone á su merced de su criado Lorenzo, y á los pocos dias de nuestra estancia en el hotel de la Ville de Milan, convidada por don Carlos á almorzar una persona respetable, que ha sido mayordomo de su madre, cuyo testimonio debía pesar mucho en Gratz, Frhosdorff y Viena, al enseñarse despues del almuerzo uniformes, armas y condecoraciones, se advierte la pérdida del Toison, no obstante estar encerrado en un estuche especial y bajo dos llaves más.

»Dada cuenta á la policía, el juez que desde el primer momento se ha mostrado receloso, toma diferentes declaraciones sin que nadie le adviera que deba hacerlo á la baronesa, y registrar el estuche de sus joyas, donde se habría hallado el Toison. Pasan algunos dias, y don Carlos, que no ha mostrado gran preocupacion por el robo de joya tan preciosa, parte con su séquito, y reunido ya á la baronesa, para Turin y Paris.

»El 23 de Diciembre y en el café Richer, recibo

de don Carlos la mision de preparar una persona para ir á Madrid, y vender allí los brillantes del Toison, así que recibiere un aviso, diciendo don Carlos que en España no hay policía, y que el concurso de gran número de extranjeros ricos con motivo del regio enlace, facilitaría su colocacion.

»De nuevo insistí en los peligros de empresa tan aventurada, aconsejándole que en caso de no poder adquirir por otros medios recursos, que eran en realidad urgentísimos, se vendiesen los brillantes en Inglaterra. A estas reflexiones como á las que envié desde Bayona y Tolosa, don Carlos contestó con autógrafo terminante, siendo lo mas inícuo que habiendo yo exigido como condicion indispensable para encargarme de la venta que todo proceso hubiese cesado, me avisó en los términos más absolutos que la causa de Milan había terminado completamente por su intercesion. La falsedad de esta noticia, que he sabido meses despues, hizo que yo comprometiese á una persona de mi familia, y que haya continuado en esa inteligencia hasta el último momento.

»Don Carlos cree quemados sus autógrafos segun orden suya; pero las cenizas pudieran enrojecerse y hablar ante el imperio de la verdad y el fuego de indignacion que suscita tan incalificable perfidia. Explicaré tambien ante los tribunales sus agasajos á su ayuda de cámara, su separacion preparatoria de la dama que le acompañó antes y despues en Gratz, en Turin, en Venecia y en Paris; mientras yo al presentarme por vez primera á los magistrados de Milan, explicaré toda mi conducta, diré mi pobreza de hoy, que mal se aviene con el hecho de tener en mi poder ó en el de mi familia los brillantes, cuya desaparicion quiere hacer recaer sobre mí, cuando desde Tolosa y por personas que declararán tambien ante la justicia, se los devolví todos, sin poder hacer confesase la verdad, excepto aquellos pocos que por su orden, y para cubrir atenciones urgentísimas enagenó en Bayona una persona de mi familia, y víctima de mi confianza en don Carlos.

»Demostraré con pruebas que he podido proporcionarme recursos sin responsabilidad alguna, desprendiéndome de elementos que estaba en mis facultades utilizar, no habiéndolo realizado por no faltar al interés de la causa que he servido, y que no

es culpable del triste jefe que la representaba. Últimamente el hecho de presentarme ante los jueces de una nacion extranjera sin recursos ni proteccion, cuando pudiera disfrutar en Europa ó en América el fruto de los hechos, de que don Carlos me acusa, habla con elocuencia irrefragable. Los tribunales, ante los cuales los príncipes tienen que presentarse tambien á responder de sus actos, quedan en el uso de la palabra, y yo solo suplico á las personas imparciales que esperen el fallo de la justicia.

»He tratado expresamente de no mezclar en esta cuestion la política que don Carlos explota, para su exclusivo medro y placer personal. Mas adelante, sin comprometer á nadie, pues no tengo motivo alguno de resentimiento con mi partido, ni lo involuero en este repugnante incidente, escribiré todos los detalles de mis trabajos perseverantes y por desgracia infructuosos para conseguir lo que otros más competentes y menos confiados, con harta razon habian dado por imposible.

»Creia se trataba solo de ciertos defectos de la juventud, de una especie de enfermo que necesitaba algunos cuidados; pero me he encontrado con un mentecato en las formas y con un malvado en el fondo. Ha llegado á tal estado de degradacion que esto mismo lo hace inviolable. Al ir á Oriente le dice en Viena el archiduque Alberto, que los curiosos estorban á veces en los ejércitos y que debe pedir permiso para ir al campamento ruso. Escribe al Grande Duque Nicolás y al Príncipe Carlos de Rumania y no le responden; me hace poner telegramas, y no son contestados. Marcha sin embargo á Ploesti, donde el emperador de Rusia lo invita á comer, como á todo viajero de su clase, pero haciéndose el desentendido cuantas veces le ofrecé don Carlos acompañarle, hasta que despues de comer tiene que decirle categóricamente el príncipe de Gorschakoff en términos poco amables que debía marcharse y que habría sido mejor no hubiese venido.

»Don Carlos, sin embargo, se queda, no para ganar una condecoracion honrosa que la Rusia no le ha dado, sino para desaparecer en el momento mas crítico, y por libertarse de un lance en que merced á sus ligerezas se había comprometido, y en el que lo salvó todo ménos el honor. Muchas veces le he oido

decir que había matado de un disgusto al ilustre hombre político, Aparici y Guijarro, que tanto hizo por él. A don Carlos no se le puede matar de un disgusto porque ha perdido el sentido moral, y no se le puede matar de otra manera porque huye cuando se le busca.

»Turin 8 de Mayo de 1878.

»CARLOS G. BOET.»

La publicacion de este manifiesto causó en Europa una sensacion inmensa. Todos los periódicos se apresuraron á reproducirlo y á comentarlo estimándolo como un suceso político de gran trascendencia; y en el campo carlista y en el legitimista hubo un silencio de estupor y terror. ¿Sería cierto lo que decia Boet? El conocimiento que tenían de las costumbres y carácter de don Carlos les hacia titubear y temer. (1)

Pero á pesar de que el señor Boet hubiese separado en su manifiesto la causa del Toison, que iba á empezar contra el Pretendiente, de la causa del partido carlista; á pesar de que esto encerrase una idea estratégica para la lucha, y quizá política para el dia siguiente; á pesar de que en el partido carlista y en el legitimista francés un gran número de personas importantes odiasen á don Carlos; los carlistas y legitimistas conocieron que la diferencia establecida por Boet sería insostenible, y que la condena del Pretendiente heriría de muerte á los partidos absolutistas.

Así, pues, levantáronse como un solo hombre, y arrojándose sus periódicos sobre el manifiesto, atacaron al autor con la mayor virulencia. Acusáronlo de haberse atribuido en la retirada del Norte un puesto que no había desempeñado; dijeron que había sido arrojado del ejército regular por delitos y crímenes; acusáronle de haber robado en Cuba caudales del gobierno peninsular; finalmente declararon que era el ladrón del Toison; que don Carlos tenia las pruebas de ello; que hasta entonces no le había perseguido por lástima, por consideracion á su familia y á los servicios que había prestado; y finalmente que la justicia daría al criminal la paga que merecía su crimen.

(1) Véase la biografía de D. Carlos que va al fin de la obra.